

Los infelices veinte

Otro título de interés dentro de la serie Libro de Bolsillo: «Miss Lonelyhearts» —«Señorita corazones solitarios»—, de Nathanael West, un escritor que puede ser incluido en la llamada «generación perdida», aunque haya quedado como un representante menor de su promoción. Esta obra suya tiene para nosotros, a mi modo de ver, una importancia sociológica grande. En efecto, a través del desarrollo de una anécdota divertida, trepidante y a veces sarcástica, el autor despliega un transparente cuadro de la sociedad americana de los años veinte, con sus múltiples inquietudes e insuficiencias, con todas sus alienaciones y amarguras, sus confusiones y sus desesperanzas. Escritor de fluido estilo, West —fallecido en 1940— nos ha legado una imagen de su época que ha de contribuir a entenderla mejor. ■



Astronomía para todos

En el Libro de Bolsillo, Alianza ha publicado «La nueva astronomía», una colección de ensayos avalados por las más acreditadas firmas de la especialidad, originalmente aparecidos en la revista «Scientific American». Todos ellos se caracterizan por una formulación accesible al gran público y por una temática apasionante. La exposición de la hipótesis de la curvatura del espacio, el estudio de los fenómenos estelares, el relato de las operaciones de investigación en torno a la vida de las estrellas, constituyen sin duda problemas de gran atractivo para el hombre de hoy. Lástima que alguno de estos ensayos haya envejecido ya. Ciertamente, resulta irónico que en una publicación reciente se prevea un considerable avance científico cuando se utilicen observatorios basados en el lanzamiento de cohetes V-2. La tecnología espacial ha dado en poco tiempo un salto tan enorme que los procedimientos previstos hace no más de tres lustros nos parecen infantiles. No comprendemos, pues, cómo no se ha revisado esta versión española, eliminando hipótesis que, aunque no afectan a lo esencial del contenido, causan al lector una deplorable impresión. ■ E. G. R.

L. Evely. «Espiritualidad a los laicos». Editorial Ariel. Barcelona, 226 páginas.

Este sacerdote belga, católico, hoy secularizado, es la expresión más clara del pensar católico posconciliar.

En un lenguaje breve, asequible y expresivo, sin apenas recursos de erudición, sabe poner al nivel del lector lo que hoy puede pensar un creyente de los que se llaman «avanzados». Sus últimos libros, además, son más claros, tajantes y convincentes que los que empezaron a darle fama.

El título de este libro no da impresión, sin embargo, de la riqueza e interés del contenido. La pobreza, el trabajo, matrimonio, paternidad, sentido religioso y comunitario y la esperanza en la otra vida son los temas que pasan por su pluma, una de las más didácticas que ha tenido el catolicismo actual. La mejor prueba es la difusión de sus libros, difícilmente igualada por casi ningún otro autor religioso.

El prólogo español, comedido, pero inteligente, sirve para que no se asusten fácilmente de algunas opiniones de Evely los creyentes tímidos. ■ E. M. M.

TEATRO

Aristófanes, en el Español

El trabajo de Miguel Narros, al frente del Español, parece sometido a una oscuridad y tal vez subconsciente cadencia. Se diría que, tras varios espectáculos más o menos respetuosos y rutinarios, siente la necesidad del riesgo, un poco asustado por el academicismo de su labor; planteado el experimento —recordemos, por ejemplo, su último Tenorio—, los resultados, siempre discutibles, parecen aconsejarle, de nuevo, la prudente retirada.

remos, como unos escolares, al genio cómico de Aristófanes, sino, cosa, bien distinta, que lo integremos a nuestras vías de aproximación a la Historia. Contando con la intervención del adaptador, Fernando Díaz-Plaja, la paz de que se habla en el Español no es ni la paz griega, ni una paz abstracta. Se quiere hablar de la paz de nuestros días —hay una alusión concreta al Oriente Medio y otra al Vietnam— e implicar al público en la cuestión.

Podría replicarse que esto pertenece al mundo de las intenciones y que lo importante es discernir hasta qué punto está reflejado en los resultados artísticos alcanzados. Confesaré —aunque esto haya dado pie a más de una falsa estimación de mis comentarios, tomando por elogios sustanciales lo que sólo

la reiteración, la confirmación de lo previamente esperado y sabido.

Aristófanes es, prácticamente, un autor irrepresentado en la España de nuestros días; supongo que habrá contribuido mucho a ello la estructura de sus comedias. Esquilo, Sófocles y Eurípides, con el magisterio teórico de Aristófanes, configuran la imagen de una tragedia cuyas líneas generales se han mantenido presentes a lo largo de los siglos. Aristófanes, en cambio, plantea una serie de problemas particulares a partir de la ausencia en el espectador de ese reflejo condicionado que le permite seguir, con cómoda unción, el curso de la tragedia. He aquí que los griegos, además de sus grandes tragedias religiosas y políticas, también se reían en los teatros y gastaban bromas; a veces, gruesas como las de un libreto del teatro Martín; a veces, bajo su aparente trivialidad, profundamente amargas. Las rampas, las escalinatas, las grandes columnas, los gestos contenidos han saltado por el aire bajo la sombra del escarabajo que, diseñado por Fabián Puigcerver, vuela hacia el Olimpo. Los espectadores, lejos de la habitual separación del escenario, han temido por un momento que Guillermo Marín, flotando sobre la sala, cayera encima de sus cabezas. Los actores se han entregado a una danza corporal en busca de una expresividad metaliteraria.

Todo esto, como digo, a mi me parece, en primer grado, positivo. Aunque vea muy claro que una nueva forma expresiva no se improvisa y que detrás de las decisiones de Miguel Narros hay una voluntad mimética, una ambigua selección de elementos de aquí y de allá antes que un riguroso análisis de la obra y de sus propias intenciones de director, proyectadas, después, artísticamente, en la puesta en escena. Yo creo, en definitiva, que los resultados son muy discutibles, patentemente torpes en más de un caso, pero no quiero avanzar en la contradicción de censurar a un director del Español, que, contra viento y marea dominantes, se arriesga a tratarlos como adultos y no como a niños de colegio. ■ JOSE MONTELEÓN.



Charo López y Guillermo Marín.

Dentro de esta cadencia, el estreno de «La Paz» constituye uno de sus más arriesgados intentos. De ahí esa especie de necesidad que uno tiene, antes de entrar en el capítulo de reservas, de celebrar que el director del Español se esfuerce en ofrecer un trabajo de creación en vez de una rutinaria muestra de respeto al texto. Lo que Narros nos propone no es que admi-

es un aplauso a esta actitud general— que, dada la rigidez, la inmovilidad, la falta de imaginación en el planteamiento de nuestros espectáculos teatrales, siempre me parece positivo, al menos de entrada, cualquier intento de innovación, de búsqueda, y, en resumidas cuentas, de arte. Porque el arte es creación, y la gran losa que pesa sobre tantos escenarios españoles es